



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

CLEMENTE DE CASTRO

El payaso.

LUIS DE OSSA

Un nuevo apóstol.

VICENTE BURGOS

Dos artículos.

FÉLIX RECIO

El revólver del coronel.

ENRIQUE MALBOYSSON

Cuadros sociales.

ROQUE DE LARA

El parecido.

J. F. TORREMOCHA

Aventura de primavera.

TOVAR

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

La Aretina



5 cénts.

LA ARETINA

Cuya gracia y hermosura se renuevan, y valen siempre un mundo



CECIJUNTOS y metafísicos andan estos días nuestros críticos de teatros, tratando de indagar las causas de la «debacle» de este género y el triunfo ruidoso de los «varietés» en complicidad con el cine. Si tuviesen el buen gusto de leer LA HOJA

rior, y en el actual no hay doce que se puedan considerar como tales!»

Así se lamentan cómicos y autores indignándose al ver que los principales teatros de la capital y de las provincias dejen el negocio de dramas y piezas del género chico y se entregan decididamente a las danzarinas y cancionistas combinadas con películas.

Repetidamente lo he dicho y volveré a consignarlo. Al teatro va el público á distraer el ánimo, á olvidarse, por una hora ó por una noche, de las cien mil pijoterías y armas al hombro que sufre durante el día. Esta es al menos su intención.

Pero llega á allí, y si es arte serio lo que va á ver, se encuentra con un espectáculo horrible que le acongoja el alma y le pone la carne de gallina haciéndole salir del local llorando á moco tendido; y si se trata de género menos complicado, con su correspondiente música, se encuentra con un asunto soporífero y antidiluviano, una murga inaguantable, eso sí, con pretensiones de sabia, y en total, una falta tan grande de sentido común, que le entran ganas de irse al Juzgado de Guardia á presentar una denuncia por estafa, ya que no tiene á mano á los autores para agredirles.

Y todo esto por cobrar un disparate por las localidades. La consecuencia es lógica: no vuelve á que se la den con «Gruye-

EXPERIENCIA



—Chica, da gusto ver á tus niños tan formalitos; en cambio el mío siempre tirado por el suelo.

—¡Porque no sabes cuidar niños; á la edad que tiene éste, ya se les castiga, ya se les endereza!

—¡No seas exajerada, á esta edad imposible!

DE PARRA, en sus columnas, jocosudas y atrayentes, habrían hallado hace tiempo el motivo, y se hubiesen ahorrado el trabajo de calefatar sus mollerías, pensando, siquiera una vez, en tan arduo problema.

«¡Cincuenta compañías de verso había el año pasado por esta fecha en España, y hoy apenas pasan de media docena! ¡Setenta de zarzuela teníamos en Mayo ante-

re», que decimos los clásicos. Por eso están los teatros vacíos. En cambio, como su objetivo es recrear la vista y distraer los sentidos, acude á aquellos lugares de espectáculos, donde en vez de salir un señor que está agonizando víctima de un cáncer del estómago, aparece una hembra guape-



El.—Mujercita, adiós, no tardes, que estaré tranquilo.

Ella.—No tengas cuidado, rico; me vendré en seguida con tu ayuda de cámara.

tona, que luce sus mórbidas formas y canta un couplet intencionado. Y si además, antes ó después, hay un rato de películas en la sala semi á oscuras ó á oscuras del todo, y en la localidad contigua se encuentra con qué entretenerse, la elección no es dudosa.

—¿Ha visto usted á Tallaví? ¡Qué bien hace el paralítico! ¡Qué maravillosamente siente el cardíaco! ¡Qué magistral interpreta el tuberculoso! Aquellos esputos que arroja son reales que hasta se ve bullir en ellos el bacilus de Koch. ¡Da gloria ver!

Tal dicen esa docena y media de seres macabros, que antes de ir al teatro de tesis, se ponen una irrigación de ácido prúxico para estar en condiciones de recibir

el caso-médico-social que les coloque el autor y les recite el cómico.

Pero afortunadamente, a mayoría no piensa así, y por el contrario, exclaman:

—¿Ha visto usted «la rumba» de la Chelito? ¿Y «la Chumbera» de la Lulú? ¿Y «el Conejo» de la Preciosilla? ¿Pues y «el Mengrengue» de la Ninon?

Y de ahí el secreto del triunfo enorme del género que si en tiempos se llamó infimimo hoy es esencialísimo, pese á todos los dramaturgos, y comediógrafos que se irritan al ver que nadie les hace caso, y lo que es peor, que nadie les estrena nada.

No les va á quedar otro remedio que afeitarse, vestir un maillot, todo lo más descotado que sea posible, envolverse en una gasa lo más trasparente que pueda ser, y lanzarse á bailar danzas más ó menos griegas, pero siempre moviditas.

Y en cuanto á los comediantes, digo lo mismo. Hay que dedicarse á «la Pulga» ó al «tuesten».

Entre Tallaví y Morano ó La Goya y la Montalvito, nos decidimos por las últimas.

No nos enseñarán cómo se mueve un atáxico, ó cómo «la diña» un gotoso, pero en cambio, nos enseñan unas caras muy bonitas y unos cuerpos la mar de jacarandosos, y de paso unos couplets intencionados y picarescos. ¡Y cualquiera duda ni un instante!

Un pequeño reporter.

LAS MAÑANAS DEL RETIRO



Una escena vista á las doce de la mañana; las que se ven en el momento son impublicables.

El payaso ¡Otra historia de payasos!... Los amores de Pierrot y Colombina no pasan; las aventuras de Polichinela, vuelven á estar en moda.

Según refiere un periódico inglés noches atrás, cuando el payaso Huberto Grin concluida la función salía del circo, se le acercó un espolique diciéndole que su señora deseaba saludarle.

—¿Tu señora?—repitió Huberto Grin admirado.

—Sí, señor: *lady* Adelaida, baronesa de... Está allí, en su coche...

El payaso se dejó conducir. Después el clown y la *Caprichosa*, sentados el uno junto al otro, sobre los blandos almohadones del vehículo, hablaban de París donde ambos habían pasado muchas temporadas de invierno.

—Estoy enamorada de usted.

—¡De mí!

—Sí. Usted me ha seducido poco á poco, representando esos juegos malabares, en los cuales parece que los objetos que arro-

ja usted el aire están sujetos á sus dedos por hilillos magnéticos. ¿Es extraño, verdad?

—Sí, muy raro..., pero no me sorprende; en los circos vive el mundo de las cosas dislocadas.

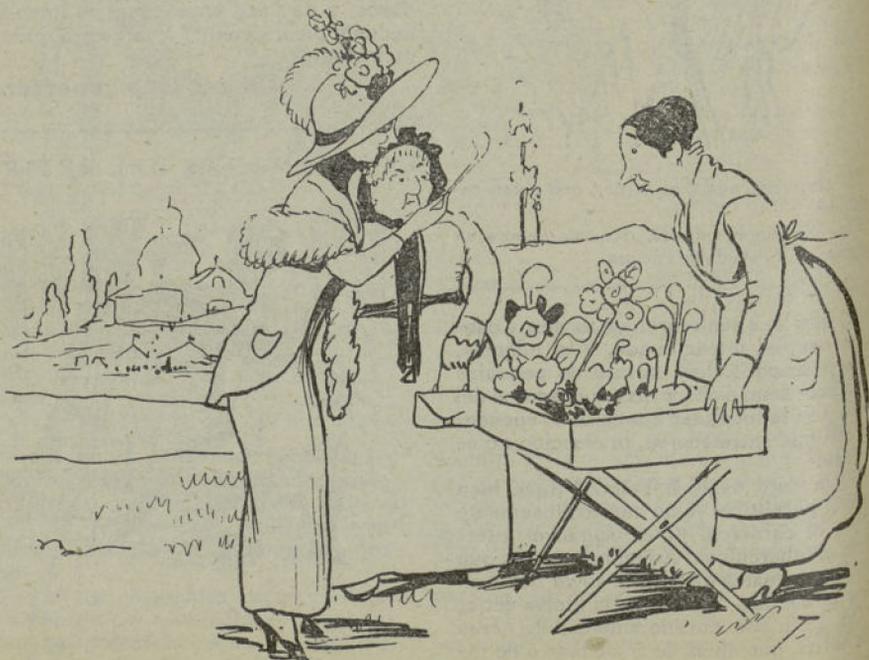
—Esta noche estoy sola en mi hotel de la calle de... Allí cenaremos; después quiero que represente usted para mí sola y en honor mío los juegos que hace usted en la pista para risa y divertimento del público. ¿Tendrá usted inconveniente en complacerme?...

Llegaron al hotel; la cena fué servida en un gabinete estilo Luis XIV; el *menú* era abundante y rico; las botellas del legítimo *champagne* no faltaban. Terminado el *piscobolis*, Adelaida se sentó en un diván.

—Ande usted, Huberto—dijo—empiece usted.

Huberto Grin parecía muy mohino, contrariado de que le llamasen para ejecutar unos ejercicios que parecían allí tan fuera de oportunidad y sazón; pero en momentos tan solemnes los hombres galantes no

EN LA PRADERA DE SAN ISIDRO



—Este pito es muy pequeño. ¿No lo tiene usted de tamaño natural?

—Pídaselo usted al San Biblioteca Regional de Madrid



—Confieso que soy un poco pesado, pero me gusta repetir las cosas.

—¡Hijo, pues no me he enterado!

pueden negar ningún capricho á una mujer bonita, y el clown obedeció. De pie en medio del gabinete, Grin empezó á manejar cuantos objetos halló sobre la mesa: las botellas vacías, los platos, los tenedores y los cuchillos de postre giraban sobre su cabeza describiendo en el espacio líneas caprichosas. Pero de pronto aquellas prodigiosas combinaciones se deshicieron, los dedos del payaso parecían haber perdido la atracción que ejercían sobre cuanto tocaban, los platos cayeron al suelo, haciéndose añicos, una botella fué á chocar contra una ventana y los cristales saltaron en pedazos. La baronesa se había puesto muy seria.

—¡Qué torpeza! —exclamó;—¿qué le sucede á usted?

Huberto Grin, desconcertado, repuso:— ¡Oh!... No sé... como estos objetos no me son conocidos...

—¡Ah!...

Hizo un gesto mortificante de fastidio y desdén. El repitió el ejercicio, pero sus manos temblaban y la vajilla volvió á rodar por la alfombra, quebrándose. Adelaida estaba tan triste, tan grave, tan inabordable, que Grin comprendió que si no lograba realizar un ejercicio notable, podía dar por malograda su conquista. Entonces cogió una silla y empezó á deslizar su cuerpo flexible como el de una serpiente por entre los travesaños: primero se colocó en el suelo en actitud supina, después empezó á subir agarrándose al asiento, aupándose sobre sus puños mediante una flexión apenas concebible... La baronesa seguía atentamente los diversos momentos del arriesgado ejercicio y un rayo de felicidad inundaba su rostro. Huberto acababa de introducir el busto por entre los travesaños del respaldo, pero su ropa, demasiado amplia, le estorbaba y no podía moverse: hizo un esfuerzo, luego otro... tenía los ojos in-

ENTRE COCOTAS



Una.—Sí es verdad que has sacado de la miseria á Pepe, pero hija no haces más que restregárselo por las narices.

La otra.—¿Y te crees que á él le disgusta?



Una.—¡Chica, tienes una terminación de espalda desarrolladísima; acabarás por no encontrar silla á propósito!

La otra.—Sí, ya es demasiado. Cuando entro en un tranvía y me siento, todos se corren.

yectados, las venas de su cuello robusto estallaban. De repente, ¡cracl... la silla se rompió y Huberto Grin cayó al suelo quedando en una actitud ridícula.

Adelaida, muy grave, muy rígida se puso en pie.

—Resueltamente—dijo—esta noche no puede usted complacerme...

Huberto Grin murmuró bajando los ojos, humillado:

—Como no conozco los muebles...

—¡Ah!... ¿Usted sólo puede trabajar bien con lo conocido?...

Y apoyó un timbre.

—¿Me despide usted?—preguntó el payaso:

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues... por eso. Me disgustan los artistas que temen las noches de estreno.

Clemente de Castro.

Un nuevo apóstol

Los *sabats* no han pasado aún; todavía hay *misas negras*, especie de sábados diabólicos en que se rinde á Dios un culto obsceno. Actualmente los tribunales londonenses entienden en el proceso instruido por el juez Curtis Bennett contra los esposos Jackson... Este, que se hacía llamar mister Teodoro Horos, se decía fundador de una religión nueva, la religión *Unidad Teocrática*, por otro nombre *Aurora Dorada*. Desde luego, él y su consorte se dedicaron á buscar prosélitos entre el bello sexo: las mujeres son sensuales y crédulas; el deleite está en ellas, el dinero también... Para lograr sus propósitos, mister y miss Horos se anunciaron en los periódicos londonenses como directores de una agencia matrimonial y de una tienda de máquinas de escribir, donde se enseñaba gratuitamente á las jóvenes que quisieran aprender. Sus planes no quedaron fallidos; las muchachas acudieron al reclamo...

De todo lo que sucedía en la casa, nido ó templo de la *Unidad Teocrática*, se han enterado los tribunales ingleses por las declaraciones de las desgraciadas Laura Faulkner, Olga Rowson y Daisy Adams, que apenas tiene diez y seis años; y sobre



—¡Si yo supiese quién es el grandísimo sinvergüenza que me ha hecho estol

todo, por lo que ha dicho Vera Croysdale, que dió por su «iniciación» todas sus alhajas y más de cincuentas libras esterlinas en metálico.

Los esposos Horos son dos eretómanos poseídos de un misticismo extraño.

Teodoro, que se cree «Hijo de Dios», comentaba la Biblia delante de sus discí-

vistiendo toda su autoridad de sumo pontífice, añadía:

—Ha llegado el momento de que sea usted esposa mía.

Y si la joven prosélita lloraba y resistía, miss Horos, lejos de atajar los lúbricos apetitos de su esposo, los favorecía, exhortando á la iniciada á someterse al dulce sacrificio. Mientras éste se verificaba, la sacerdotisa, en pie delante del lecho, recitaba en alta voz versículos de la Biblia.

—¿Qué querían ustedes que yo hiciese? —ha dicho ante el tribunal Daisy Adams; —yo creía que Horos era hijo de Dios; mister Teodoro me había asegurado que entregándome á él, el espíritu divino bajaría sobre mí.

Jackson, conducido ante el tribunal, dijo:

—¿Qué hay de extraño en mi conducta? Salomón tenía trescientas esposas y seiscientas concubinas.

Y añadió:

—Por otra parte, si no tuviésemos malos pensamientos, las puertas del cielo siempre estarían abiertas para nosotros, y la oración sería inútil.

¿Será el nuevo apóstol Teodoro un iluminado de buena fe, ó un explotador abyecto?... Pronto hemos de verlo. Entretanto, ¡qué triste estará el fundador de la Unión Teocrática, viendo cómo la justicia implacable le deja de un solo golpe sin tesoros y sin mujeres!...

Luis de Ossa

Paris, 19 Mayo de 1913.

DOS ARTISTAS

El pintor Carlos Romero, cuya ilusión es *legar*, y ser pronto popular, y tener mucho dinero dijo ayer á un compañero:

—Una virgen singular pinto, la cual me ha de dar gran fama, según espero.

Y el que le prestaba oído replicóle: —Es tu manía, y obtendrás lo apetecido. Mi arte, en cambio, ya varía. ¡De mi estudio no ha salido una virgen todavía!

Vicente Burgos

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Luto riguroso para madre é hija. A la izquierda del grabado el traje de la mamá en detalle (no podemos dar más detalles).

pulas, á las que aturdió con citas y comentarios piadosos y oraciones fervientes. Después, cuando presumía que alguna de ellas estaba bastante iniciada en la nueva fe, la llamaba aparte para decirle:

—Dios me ha ordenado iniciarla á usted en los misterios de la más alta vida.

La catecúmena, sin maliciar lo que se trataba, se dejaba conducir al santuario reservado, en donde Teodoro Horos, re-

El revólver del coronel

Aunque aparentemente nada tiene que ver, la desaparición de ese señor Jalón, que no es, afortunadamente, nuestro amigo y colaborador, el revoltoso, bullicioso, y ¡ay!, otros «osos» más, César Jalón, trae a mi memoria, y ya sé yo por qué, una historia vieja como mi pobre pelo.

Verán ustedes cómo fué.

El joven aristócrata Remigio B. del S., sostiene relaciones... estrechas, desde ha-

Aquello se descubrió y hubo la de Dios es Cristo: la institutriz fué despedida, Herminia quiso suicidarse, su novio tuvo que pretextar ante sus amigos un viaje urgente y salir de Madrid porque el coronel andaba buscándole para clavarle una bala en la frente... y eso que el belicoso anciano ignoraba la mitad de lo ocurrido.

Transcurrieron varios meses y el tiempo, que es gran amansador de tormentas, fué serenando los ánimos, suavizando los odios y preparando el terreno para nuevas entre-

vistas. Remigio volvió a Madrid, y la esperanza reinó en el cuitado corazón de Herminia. Los pobres muchachos se contentaban con verse desde lejos en el paseo ó en el teatro; después logran darse algunos apretones de manos en la iglesia, los domingos por la mañana, al acercarse a tomar el agua bendita; más tarde entró al servicio de Herminia una jamaña muy ducha en toda clase de trapisondas pasionales, quien al saber lo que ocurría tomó aquellos amores bajo su protección, logrando, en efecto, reunir, con bas-



—Querido lector, voy á estar solita toda la tarde... y no lo digo por nada ¿eh?

ce más de tres años, con la hija de cierto coronel retirado. Herminia es un dije: ni alta ni baja, pelinegra, chatilla, con los ojos muy grandes, la boca muy chica, y distinguida y elegante como si hubiese nacido en la púrpura.

Los amores de Herminia con el marquésito B. del S. han sido muy accidentados.

Primero las relaciones fueron superficiales; luego la familia de ella quiso poner término á un noviazgo que, á su juicio, se prolongaba demasiado, y entonces los tórtolos intimaron por aquello de, «al que no quiere caldo, la taza llena...»

Al principio fué ángel tutelar y encubridor de estos amores la institutriz de Herminia, y ésta y Remigio se veían en un cuartito amueblado de la calle del Almirante.

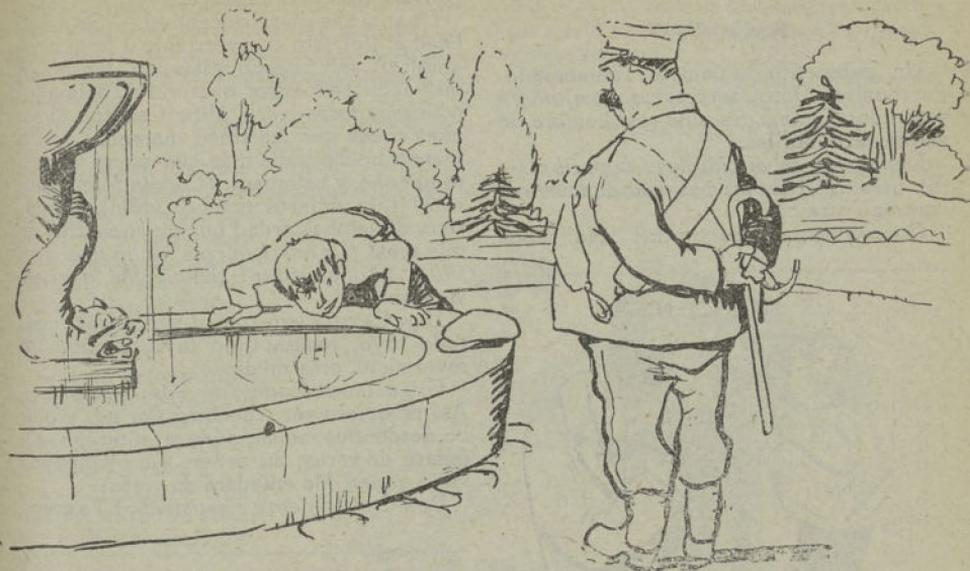
tante frecuencia á sus apadrinados, en un pisito inmediato á la parroquia de San José.

Esto no es lo mejor; lo más interesante, lo más peregrino y novelesco fué... que la bondadosa encubridora concluyó por enamorarse de Remigio como una colegiala. Al principio le parecía un mozo muy simpático; después le encontró guapo; pocas semanas más tarde hablaba de él como de un hombre extraordinario, y llegó á sentir celos, celos horribles, de que Herminia le amase y de que él la correspondiese tan apasionado y rendido. Al fin comprendió que le adoraba y que no podría vivir sin él. Un día Herminia, le dijo á Remigio:

—Hay un medio sencillísimo para que puedas escribirme siempre que quieras.

—¿Cuál?

AL BORDE DEL PILON



El guarda.—¡Tempranito empezamos, pollo!

—Dirigir tus cartas á nombre de mi criada, Herminia Pérez; se llama como yo... De suerte que puedes nombrarme y decirme cuanto gustes sin temor á comprometerme.

Y así lo hicieron. Desde aquel día B. del S. empezó á desfogar su amor disparando sobre Herminia furiosas granizadas de cartas inflamables, que empezaban así:

«Herminia de mi alma...»

Y que concluían:

«Adiós, Herminia, recibe en los labios el mejor de mis besos..»

Estas cartas eran leídas por las dos mujeres; á Herminia Pérez le parecía que todo aquel incienso era quemado en honor suyo y su pasión aumentó.

Remigio, en sus cartas, hablaba de todo, del porvenir y del pasado, haciendo peligrosas alusiones á cuanto de más grave había ocurrido entre él y Herminia. «Yo, te perdí—decía,—sabré devolverte el honor que tan confiadamente pusiste en mis manos...»

O bien: «¿Será cierto lo que adivino en tu última carta? La idea de ser padre me llena de júbilo...»

La lectura cotidiana de todo esto inspiró á la enamorada Herminia Pérez la idea de

que estas cartas, dirigidas á su nombre, podían servirla para perseguir al marqués B. del S. ante los tribunales y exigirle legalmente protección y amor. Un abogado marrullero de esos que nada tienen que perder, interviene en el asunto y, según nuestros informes, éste sigue sus trámites.

Suponemos que al pobre marqués, á quien estas cartas comprometen horriblemente, no le llegarán los calzoncillos al cuerpo, obligado, como se halla, á escoger entre las iras de su suegro y la duramano de Herminia Pérez.

Yo, en su lugar, preferiría .. el revólver del coronel.

Félix Recio

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR

SU EXCELENCIA

Novela de

POMPEYO GÉNER

Cuadros sociales

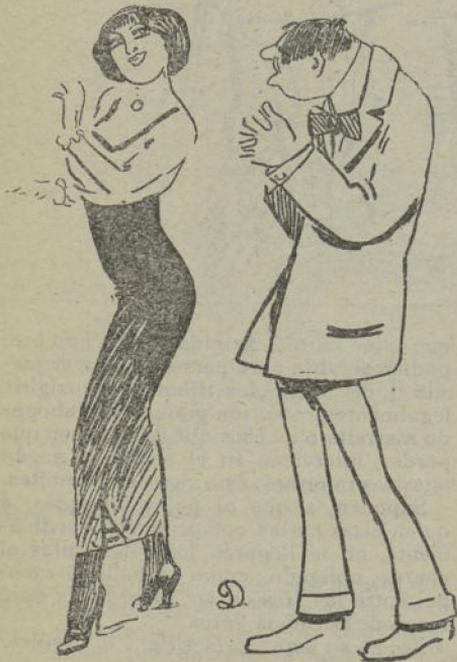
ESCENA I

Un gabinetito lindamente amueblado.
Personajes: DON CASTO, rico *bouquin* ya sesentón; GUADALUPE, una real hembra de veinticuatro abriles.

DON CASTO (*acariciándose la perilla*).— ¡Sí, nenita, sí! Es preciso que demuestres conmigo otra cose.

GUADALUPE.— ¡Pero tontín! ¿No sabes

LAS INOCENTES



EI.— ¡Un beso, nada más que uno!

Ella.— No, que todos decís igual y en cuanto la agarráis á una os hinchais.

que sólo vivo para ti? (*Pausa*). ¿No soy tuya sola?

DON CASTO (*pensativo*).— ¡Solá! Eso sería mi ideal, mi ilusión; pero temo, chiquilla, que en esa cabecita tan bella y sugestiva anide algún mal pensamiento.

GUADALUPE.— Eres incorregible.

DON CASTO.— A vosotras las mujeres os

encanta lo prohibido, amáis lo frívolo y no pensáis jamás en lo porvenir.

GUADALUPE (*para su capote*).— ¡Será imbecil el tío! ¡No llama frívolo á lo que yo amo! ¡A mi moreno, gitanazo, ladrón, á mi Paco! ¡Te podría querer á ti, pelmazo! (*Dirigiéndose á él*). Mira Castito, dices unas cosas que me traen mareada; yo no pienso noche y día más que en mi vejete, remonono y zalamero. (*Cogiéndole la perilla*) ¿Me quieres mucho, vidín? ¡Anda, rico, dímelo! ¿Verdad que sí, encantito de mis ojos? (*Le acaricia con mimo una mejilla*). ¡Anda, vidita! ¡Dílo! ¿Me querrás siempre?

DON CASTO (*jadeante y sudoroso*).— Sí, todo tuyo, nenita, todo tuyo; te amo, te reverencio, eres mi diosa.

GUADALUPE (*cada vez más mimosa*).— Así te quiero ver, chochito por mí, y que no desconfes nunca, porque si no me enfadaré de veras. Sí, señor. ¿Lo oye usted, viejo verde? Me enfadaré de veras.

DON CASTO (*alegre y satisfecho*). Te creo,

REFLEXIÓN



—El aire es como los hombres; unas veces sopla flojito y parece que acaricia, que besa, pero cuando sopla fuerte y le sube á una la falda... molesta.

te creo, estoy convencido de que me eres fiel y...

GUADALUPE (*interrumpiéndole*).—Y ahora, en seguida, me vas á dar una prueba más de que tú también me quieres. Ahora soy yo la que va á ponerte las peras á cuarto.

DON CASTO. ¡Vengal ¿Qué prueba quieres?

GUADALUPE (*dudando*).—Pues... sencillamente, necesito mil pesetas para una lanzadera y unos trapos; pero, no pongas mala cara. ¿Ves? El que no me quiere eres tú. Vosotros, los hombres, todos sois unos egoístas.

Que os quieran, que os quieran, ¿para qué? ¿Para que vosotros os riáis luego? (*Trata de ponerse irgenua.*)

DON CASTO.—Guadalupe, si tienes ya un sin fin de trajes y joyas, si...

GUADALUPE.—¿Sí ó no? ¿En qué quedamos? Ya estoy cansada de ser una mártir; esto no es vivir. Sufré, sacrificaté, ama con locura y todo ¿para qué? (*Sollozando.*)

¡Desgraciada de mí ¿Por qué me enamore, Señor, por qué?...

DON CASTO. (*Sacando un billete de la cartera.*) Toma, mujer, toma.

(*Ella coge el papel, se lo guarda en el escote y corre á sus brazos.*)

GUADALUPE.—¡Qué pena se me ha quitado de encima! ¡Veo que aún me quieres! Yo no lloraba por el dinero, no; mi pena era por si me habías ya olvidado. (*Y furiosa, loca, comienza á acariciar á don Casto. Luego, silencio...*)

ESCENA II

PACO.—¡Oye, tú, saca el dinero; ¿no has llegado á los doscientos treinta caretos?

GUADALUPE.—¿No chico, el viejo ese, creo que se va escamando y cada vez veo más difícil sacarle la mosca?

PACO.—La mosca te la voy á dar yo á tí por mema. ¡Toma pa que te espables! (*Le suelta una torta.*)

GUADALUPE. ¡No, Paco, no me pegues,

venderé todo lo que tengo y nos iremos los dos.

PACO.—Pa luego es tarde. ¡Arrea con tus cosas á la casa de préstamos y nos largamos de veraneo!

GUADALUPE.—En seguida, negro mío. ¡Cómo vamos á divertirnos!

ESCENA ÚLTIMA

En un vagón de primera clase de un tren que va á Santander.



—El amor se ríe casi siempre, pero á veces con razón.

PACO.—¿Y ahora que dirá el tío de la pera?

GUADALUPE.—¡Qué lo ahorquen!

PACO.—La verdad que son antipáticos esos... sufríos.

GUADALUPE.—¡Mira que pretender que yo le fuera fiel!

PACO (*sentenciosamente*).—¡Son gentuza sin dignidad! ¡Y todo porque tién cuatro peras!... (*Pausa. Luego recuerda á Maurra.*) ¡Nosotros somos nosotros, chical!

Enrique Malboisson.

Lea usted el martes

EN EL LIBRO POPULAR

SU EXCELENCIA

Novela de

POMPEYO GENER

El parecido De todos los momentos culminantes de la vida del hogar, el que más me trastorna es el consiguiente al nacimiento de un chico.

Los «prolegómenos» del parto (¡perdó-



—Pobrecito mío, tendré que prescindir de ti, porque el marqués te imita el ladrido maravillosamente.

nenme, señores filósofos, el uso de la palabra con ocasión de esa función orgánica) tienen para mí una preocupación abrumadora, aun no siendo yo protagonista del drama.

Pero siendo mi esposa «la primera actriz», claro que á mí me corresponde el papel de «primer actor» en todo lo concerniente á la *mise en scene* y demás detalles inherentes al espectáculo.

Como no es esta la primera vez que se pone en escena «la obra», soy ya algo previsor y antes de que me *coja solo* el desenfase, doy aviso siempre á toda la familia.

La familia encuentra en esto un motivo de emoción, y acuden á mi casa primos, hermanos, tíos, cuñados y toda clase de parientes.

A veces esto suele durar un par de días con sus noches correspondientes, comiendo todo el mundo á costa de uno, y durmiendo cada cual en butacas, *chaises-longues*, sofás y colchones tirados al suelo.

Es un campamento la casa donde el ejército reposa como en campaña, esperando la presencia del enemigo que suele anunciarse no por descargas cerradas, sino por gritos desgarradores y ayes que llegan al alma.

A veces son simples escaramuzas que alarman al ejército: acudimos todos á la alcoba ante los gritos desconsoladores de la futura madre que se muerde el pelo, según indicación de la más *veterana*, ó se agarra fuertemente á los barrotes de hierro de la cama por consejo de la respetable comadrona que desde hace veinticuatro horas aparece instalada junto á la cabecera, con la dignidad de un capitán general ó de un presidente del Supremo.

Por fin... el momento culminante se



Ella.—Comprendo que le costará á usted trabajo hacerme el retrato, porque hay que estar siempre encima de mí para que no me mueva.

El.—Pues le sucede á usted al revés que á las demás mujeres.



La coupletista.—Te aprecio porque fuiste muy bueno para mí cuando estuve de criada en tu casa y hasta me ayudabas á hacer tu cama.

El.—Pues ahora, en justa recompensa, me debías ayudar á deshacerla.

presenta: la emoción es grandísima; todos esperan con ansiedad, hablando bajo y agrupándose en el gabinete inmediato á la alcoba; la partera con su habitual serenidad, repite las exhortaciones de rúbrica:

—¡Valor, hija mía! ¡Eso no es nada! ¡Haga usted más fuerza! ¡Valor!...

Y entre los gritos de alegría y satisfacción de toda la familia, se consuma el crimen y cuentan ustedes con un servidor más, según frase consagrada.

☐

Esta ha sido mi noche del jueves hasta las seis de la madrugada, en que fui padre por... *enésima vez.*

Cuando entré en el gabinete, la criatura (un chico, por cierto) berreaba de una manera espantosa, vestido ya y usufructuando el equipaje que mi mujer durante los últimos meses fué confeccionando con esmero, colocándolo en la consabida canastilla y perfumándolo con todas las de la ley.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué niño tan grande!

—¡Y qué mantecas tiene!

—¡Si es una hermosura!

—¡Mira! ¡Tiene los ojos negros como la madre!

—Y ha sacado la misma nariz chata del bribón de su padre.

Aquí empezó una discusión acaloradísima, dando cada cual su opinión respecto del parecido que el chico tenía con sus progenitores.

Chillaban y alborotaban todos emitiendo opiniones contrarias, examinando la criatura desde los dedos de los pies hasta los pelos incipientes de su cabezota, sin llegar á ponerse de acuerdo nunca.

De pronto, mi tío Ramón que había permanecido sentado junto á su sobrina consolándola, levantóse y vino al grupo que formábamos en el gabinete.

—A ver, dé usted su opinión. Díganos á quién se parece más.

—¡Que lo diga! ¡Que lo diga!

Mi tío cogió en brazos la criatura, la

UNA VIUDA SIN PRETENSIONES



Ella.—Yo fui muy desgraciada en mi matrimonio, así es que lo que quiero encontrar es un hombre que me quiera mucho; por lo demás soy de las que comen poco.

El.—Pues si se casa usted conmigo no le faltará algo que llevarse á la boca.

examinó atentamente y con una *bonhomie* deliciosa exclamó:

—Mi opinión es que todos ustedes están en lo cierto: por delante se parece en todo á su padre... ¡y por detrás á su madre!

Roque de Lara.

¡Infeliz!... Tuvo la corta y miserable suerte de conocerla cuando ella ya pertenecía á otro; un individuo desjugado y vulgar, que nunca supo decir nada con los ojos. Las primeras visitas de Juan, que regresaba de un largo viaje por Italia, el país hechizado del arte, la pereza y el sol, fueron una revolución para Isabel... ¡la pobre Isabell... que unida por injusticias de la adversa suerte á un hombre inferior á ella en cultura, educación y delicadeza de espíritu, había visto quebrarse en menudos añicos sobre las almohadas de su lecho, sus rientes esperanzas de soltera.

—¿De modo—dijo Juan,—que se ha casado usted?

—Sí.

—¡Qué lástimal

—Hace dos años.

El repitió abstraído:

—¡Qué lástimal... Y yo que pensaba declararme á usted, rendirla con las abnegaciones de mi pasión, unir mi suerte á la suya, poner á sus pies todos mis laureles de artista.

Isabel alzó los hombros resignadamente; ella ya tenía dueño, y aquel consuelo que el buen Dios le enviaba, llegaba tarde. Casi siempre sucede lo mismo. ¡Está el cielo tan lejos!...

Hablaron mucho: Juan, con la voz velada por una sincera y poderosa pesadumbre, dejaba que su conversación rondase alrededor del mismo tema: no se resignaba á matar su feliz anhelo de tantos años,

ni á separarse de Isabel definitivamente, con alejamiento irrevocable.

—¿No podremos amarnos nunca?—dijo.

—Nunca—repuso ella suspirando—; nuestros destinos se han reunido cuando toda conjunción es imposible.

Desde aquel día Isabel y Juan continuaron viéndose asiduamente, porque él era amigo del esposo, hallando complacencia tranquila y recóndita en tratarse fraternalmente. La castidad también tiene voluptuosidades supereminentes, tan exquisitas y refinadas como las de la posesión más completa. Ella le refería sus cuitas, sus desilusiones más íntimas, la uniformidad desesperante de todas sus horas: él recibía estas confesiones que transian de dolor acerbo su alma generosa y luego consolaba á Isabel tiernamente, empleando hábiles perífrasis para no ofender demasiado al esposo autor de tanto daño, como un padre bondadoso y experto que aconsejase á una hija suya mal casada. No tardaron en tutearse. Las exquisiteces de este platonismo eran frecuentes. Muchas veces Isabel y Juan se hallaban reunidos sobre el mismo diván; él rodeaba con un brazo el talle mimbreado de la joven; ella no tenía corsé... Allí, bajo las faldas sutiles, estaban las cadéras, la carnaza admirable, donde el deleite espera... y bastaba extender la mano y oprimir un poco, muy poco, para tocar lo eternamente exquisito y deseado. No obstante, Juan se contenía, sofofocado por la sangre que la emoción agolpaba á su garganta.

BUSCANDO GRILLOS



El.—Nada, chica, que se me dobla y no consigo nada.

Ella.—¡Lo mismo te ha pasado en el otro agujero!

—No quiere ella—decía.

Y ella, á quien probablemente embarazaban análogas cavilaciones, pensaba:

—No se atreve porque sabe que yo no se lo permito...

Una noche, sin embargo, Juan abrazó á su adorada en un momento de soledad y de embriaguez.

—Te adoro—murmuraba—; no sé vivir sin ti... quererte como á hermana, me es imposible.

Isabel, zafándose bruscamente del apasionado abrazo, se refugió llorando en un ángulo del salón.

—Juan—repetí—, Juan... ¿qué has hecho? ¿Cómo te has atrevido á ofenderme tanto?...

Bruscamente arrepentido de su ceguera y descomedimiento, Juan se hincó de rodillas, impetrando el perdón de Isabel; se separaron llorando y estuvieron sin verse varios días. Pero aquella escena fué para la pobre esposa una revelación; ella también quería á Juan, mas no fraternalmente, sino con pasión legítima; y entonces sintió deseos perentorios de que él, olvidando lo ocurrido, tornase á solicitarla, facilitándola así la dulce ocasión, coyuntura ó momento de rendirse.

Otra noche se vieron; era verano. Ella, observando á Juan frío y comedido, exclamó:

—Tengo calor; voy á quitarme el corpiño...

Unió la acción á la palabra, desnudando su garganta y sus brazos; aquello era como la muleta roja con que el matador reta y excita el coraje del toro. Juan suplicó:

—Isabel, vístete... te lo ruego.

Ella rió; él comenzó á pasearse por la habitación inquieto, apretándose las manos; de pronto se marchó; casi sin despedirse; fué una fuga...

Esta escena se repitió varias veces, Isabel hubo de empezar á desencantarse de Juan, tímido, retraído, melancólico, acobardado siempre por el recuerdo de la reconvencción que mereció su primer error.

Después Isabel y Juan se separaron; ella y su esposo salieron de Madrid, hacia el extranjero, donde han vivido doce ó quince años... ¡Media vida!...

Anoche, Juan y su amiga estuvieron hablando delante de mí; yo les quiero mucho; charlaron largo rato recordando sus buenos tiempos. Juan, que ya es ducho en cuestiones de amor y se avergüenza de sus antiguos miramientos fraternales, preguntó:

—Dime, Isabel: ¿no es verdad que en cierta ocasión que tú, indudablemente, no has olvidado, me porté como un tonto?

Ella repuso tristemente:

—Creo que sí.

¡Ah, mujeres!... Para conoceros la ciencia de Merlín no basta...

Fernando Amado.

EN EL TEATRO



Ella.—¿A que no sabes por qué me seduce la música de esta obra?

El.—¿Por la orquestación?

Ella.—No; porque duerme á mi marido.

❖: **Aventura de primavera**

Pepe terminó de comer y silbando un trozo de *La casta Susana* salió del comedor. En su alcoba acabó de arreglarse y displicente escogió un habano de la caja y lo encendió. Luego calóse el sombrero, cogió un bastoncillo de junco y salió de casa tranquilo y feliz.

Ya en la calle dudó un momento á donde encaminarse. El casino le aburría; en el Club no había nadie; ir á cualquier café no le gustaba, porque además de no tener allí conocidas, haría mucho calor. ¡No sabía!

Sin acabar de decidirse, siguió calle adelante. Iba, buscando la sombra, el sombrero inclinado un poco á la izquierda, el cigarro entre los dientes y jugueteando con el junquillo. Distráido, miraba á los balcones, todos con sus persianas corri-

das, evitando el sol y las indiscretas miradas.

Anduvo largo rato por calles y calles, todas silenciosas, amodorradas, con ese amodorramiento voluptuoso que inculcan los albores de estío. Tras de andar mucho encontróse en las afueras, en una calle formada por «chalets», todos ellos floridos, bonitos, elegantes y frescos. De uno de ellos, cadenciosas y lánguidas, surgían las notas voluptuosas de un vals.

En el último *chalet*, vió Pepe la puerta abierta.

Rápido alentó un pensamiento, y entró. Aventurose por una calle formada por rosales olorosos y al final encontró un cenadorcillo, todo cubierto de jazmines, alegre y fresco. Entró en él y dejóse caer en un banquillo.

Asombrado se levantó rígido.

Frente á él, en una amaca, dormía una mujer hermosa. La boca, muy roja y muy

fresca, se entreabría en leve sonrisa; la bata, desabrochada.

Una de sus piernas colgaba fuera de la amaca, y la bata, enganchada en ella, dejaba gran parte al descubierto.

Admirado se acercó á la dama. Soñaba, y entre suspiros parecía acariciar. Pepe se acercó más...

Ella despertó sobresaltada:

—¡Caballero! ¿Qué atrevimiento es este?

—¡Perdón!... ¿Señora? (Ella asintió con la cabeza). Atrevidamente penetré en este jardín con el solo objeto de curiosear...

—¡Qué pensará usted de mí!—dijo ella.

En la enramada unos pajarillos cantaron alegres, con notas amorosas, un himno á la vida.

José Fernández Torremocha

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Al reaparecer en Madrid el gran torero, aparecerá

Belmonte, el misterioso

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada á tres tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS